



# La ola de epilepsia

Dicen que Fernando VII, el más castizo sin duda de los Borbones que ha tenido España — el excelente Carlos III resultaba un extranjero. — cuando se encontraba ante algún conflicto cuya solución no veía clara o que no le convenía solucionar, exclamaba: «Dios nos la depare buena!» Y es lo que hoy se dicen los más de los más castizos en España: «Dios nos la depare buena!»

Obsérvese en las gentes que no se dedican a aturdirse, haciendo como que se divierten, aunque sin divertirse, en los que no se dedican al juego de azar en una u otra forma — y la política profesional es una de ellas, — en los que tienen que vivir al día y de un haber cada vez más mísero, y sobre todo más inseguro, obsérvese en los ciudadanos dotados de alguna conciencia, por poca que sea, de su ciudadanía, aunque desprovistos de valor cívico, una creciente irritación por este ámbito de incertidumbre. «¡Que reviente esto de una vez y sea de todo lo que fuere!» — exclaman.

La terrible suspensión de ánimo que produce una ansiosa expectativa nos tiene a todos, a unos más y a otros menos, sumidos en una verdadera ociosidad. Porque aunque parece que hacemos algo no hacemos en rigor nada, porque el quejarse y maldecir no es hacer, sino deshacer.

Los encargados — por quien sea — del poder público se quejan a su vez de que no pueden hacer nada si no se le rodea a ese poder de todo el prestigio de que necesita para obrar con eficacia. Pídele treguas; pídele silencios. Se encuentra ante tres poderosos sindicatos, cualquiera de ellos más fuerte que él: el sindicato obrero, el patronal y el miliciano. Y no logra desatar el nudo que empezó a anudarse el día en que se inició la actual revolución — convertida ya en guerra civil — española, el día 1.º de junio de 1917. Porque desde entonces estamos en período inconstitucional — y hasta anticonstitucional — revolucionario.

Y son ya muchos los que piden una solución... ¡cualquiera! Y aquí está lo trágico, en que quieren solución, sea como fuere. Es algo así como cuando en una familia pobre el cabeza de ella cae con una de esas terribles enfermedades que exigen grandes cuidados y grandes gastos y la familia llega a impacientarse y desear una solución... ¡cualquiera! «¡Antes la muerte que esto!», dicen. Y mucho más si presienten que el enfermo se quede inútil para poder ganar la vida de los suyos. Una meningitis, por ejemplo, es mejor que le mate a uno que no el que le deje imbecil.

Lo que más tememos de cuanto está pasando hoy en nuestra patria — y también de lo que deba indebidamente de pasar — es que está provocando una histeria colectiva que puede convertirse — y se está convirtiendo ya — en epilepsia, y esta epilepsia acabar en imbecilidad. Aun mayor de la que existe.

Una ola de epilepsia — ya que están de moda las olas — recorre el organismo de España. ¿Organismo? No sabemos si es o no tal. Y entretanto hay gente que se divierte como si nada de esto ocurriese, y hasta hay insensatos que nos predicán el optimismo. Por aquello, sin duda, de que no hay que desanimar al enfermo. Y no nos extrañaría que un día se le dijese a éste lo del baturro del cuento: «Con que se agoniza, ¿eh?»

Ya empieza a perseguirse a los supuestos sospechosos. (Y rogamos al lector que se fije en esta expresión de dos términos dubitativos y ambiguos: supuestos sospechosos.) El peor día se pone la sombra de poder público a perseguir a los que llamará alarmistas.

Y, sin embargo, hay que alarmar. Es una obligación alevosa. Porque este bochorno que pesa sobre los espíritus ciudadanos produce modorra en no pocos de ellos.

Hay muchas cosas que hacer en España. Ante todo hay que hacer, o rehacer, a España misma. Y a España no se la rehace sino haciendo Estado. Porque es Estado lo que aquí hace falta. Hay que convertir el Régimen — que abarca en derredor del Trono mucho más que la realeza y sus inmediatos aledaños — en Estado. Hay que hacer que el poder público sea público de verdad. Que hoy no lo es. Y como el poder público no es de veras público, en vez de preocuparse del fin de autoridad, de la función para la que la autoridad existe, se preocupa del llamado principio de autoridad.

¡Cuántos estragos ha hecho aquello de que la autoridad no puede quedar en mal lugar! En lo que suele ir implícita la doctrina de la infabilidad práctica de la tal autoridad.

«Dios nos la depare buena!» Así vienen a decir no pocos castizos remedando a aquel grandísimo socarrón que fué Fernando VII. Y no va a ser buena la que Dios les depare si siguen como hasta ahora.

Otro día comentaremos aquella frase de un alcalde que al rezarse el rosario y pidió el cura un Padrenuestro por las necesidades de la Iglesia y del Estado,

interrompiendo diciendo: «No, que el Estado son ellos!»

Debemos decir: «El Estado somos nosotros!»

Miguel de UNAMUNO.

